

Por fin un teatro sin actores

Gérald Mayen, Mouvement.net, 17 de diciembre de 2014

¿Y si el problema del teatro fuera el actor? No su persona, ni su presencia, pero sí su actuación. Una actuación que con frecuencia entraría en contradicción con los deseos del espectador, que habría optado por las escrituras de la danza y de la performance y, que por lo tanto privilegiaría el aquí y ahora de una acción que efectivamente se está produciendo. En comparación de lo cual, el principio mismo de la actuación parecería lastrado por el artificio y las manipulaciones, incapaz de liberarse de la tentación de caer en el manierismo.

Concebida por los bailarines, y actores, La Ribot, Juan Domínguez y Juan Lorient, la pieza *El Triunfo de La Libertad* se posiciona, a su manera, ante tales preocupaciones. No es que falten los artistas de teatro que hayan desplazado el género a costa de una disminución del santificado texto; como tampoco faltan los coreógrafos que convocan al texto para acompañar sus pasos.

A lo mejor *El Triunfo de La Libertad* procede de otra forma, ofreciendo a los espectadores una experiencia claramente rara y sin duda de una inmensa libertad. Y que es a su vez la de la libertad del texto. Ya que éste es interpretado en modo mayor, expuesto solo, despojado de la actuación, para ser leído en varias pantallas (en inglés y en francés, para elección del espectador) colgadas en distintos rincones y alturas de una inmensa jaula-escenario.

Y es esto lo que mantiene intacto el potencial de la puesta en escena. Sea ya por el delicado y (a la vez) poderoso trabajo de luces de Eric Wurtz o, que genera por ello, la sugestión de lo que habría detrás de la escena. O bien por la orquestación perfecta de las duraciones y velocidades del texto. Incluso por esa sensación de estar en un inmenso espacio atrapado por la mirada de un espectador colectivo y por sus proyecciones imaginarias. A la larga, se va instalando cierta confusión, que a veces da la impresión de que los soportes de las pantallas están deslizándose, despacio, en el aire, de que hay reflejos en las paredes –resultando una coreografía apacible.

A diferencia de ciertos comentarios, es absolutamente imposible asociar los parámetros antes descritos con una reducción de la situación a quién sabe qué actividad de lectura a solas en un sofá o con la focalización en una pantalla de ordenador. *El Triunfo de La Libertad* tampoco se remite a las prácticas de la poesía sonora o de las performances orales, ni a otras experiencias cinéticas de activaciones escenográficas autonomizadas y desprovistas de actores. Aquí no se trata de otra cosa que no sea la activación de un texto puesto a merced de la atención activa de la potencia fabuladora de la mirada del espectador. Por lo pronto, no hay mejor definición que la de teatro sin actor –incluso, la de “teatro por fin sin actor”.

Ahora bien, *El Triunfo de La Libertad* da mucho para compartir en cuanto al registro de tipos de representación. Son dos los protagonistas: Paco y Agueda, pareja recién casada que pasa su luna de miel en el centro turístico de una cadena hotelera en República Dominicana. Y lo que viven es la experiencia común de *farniente* consumista del turista

occidental en el Caribe, a no ser por el encuentro absurdo con un artista de cabaré, cuyo número consiste en romper nueces con su pene.

Broma aparte, no resulta nada vano tener en cuenta los dispositivos mundializados del turismo como uno de los espacios más problemáticos de reproducción, y de difusión, a escala mundial de los tipos de representación, capturando la alteridad en el sistema de dominación inherente a las relaciones poscoloniales Norte-Sur. Quizás sea esta frase algo recargada, pero lo es porque lleva el peso de ese proceso de deterioro de las imágenes compartidas.

Paco y Agueda volverán al mismo lugar, cincuenta años después, con motivo de sus bodas de oro, a vivir exactamente los mismos instantes de no-vida. Es entonces cuando el texto parece aún más descuidado, rápido, superficial –deterioro que es la réplica de un maltratado régimen imaginario.

Si el humor se impone en el recuento de las peripecias, los breves insertos, que se oyen a cada rato sobre temas dispares, potencian la agudeza del relato –y a la vez se los puede interpretar como variaciones de la crítica a las grandes maquinarias colectivas de las representaciones en vigor. Lo cual va desde la evocación de una corrida a una descripción del París revolucionario de 1792 o a los relatos de los abatidos habitantes de Siria o –no queda muy claro– de Gaza.

El Triunfo de La Libertad, mediante la extrañeza de estas secuencias, el carácter inédito de su modo de activación, es un estimulante momento del despertar de la mente. Todo lo contrario a cualquier sospecha de aburrimiento. Sin embargo, el aburrimiento parece afectar sobremedida a un número considerable de espectadores; los cuales, decepcionados, prefieren irse o incluso protestar bien alto.

Es cierto que en el texto se reitera una pregunta: “¿Por qué has venido al teatro esta noche?”

¡Vaya escándalo!